



## El Castillo de Granaditas

---

Trémula, inquieta, azorada,  
Como ave que espanta el trueno,  
La opulenta Guanajuato  
Despertaba de su sueño:  
Todo era alarma y rumores,  
Y confuso movimiento;  
Repicaban las campanas,  
Sonaba el clarín guerrero;  
Por todas partes corrían  
Los soldados europeos,  
Y eran las angostas calles  
Bulliciosos campamentos.  
En las torres elevadas  
De los magníficos templos,  
Las banderas españolas  
Se agitaban con el viento;  
Y á poca distancia, altivo  
Como si fuera un recuerdo  
De las épocas feudales;  
A la luz de un sol espléndido,  
El fuerte de Granaditas,  
Dominador y altanero,  
Viendo estrellarse en sus muros  
Las tempestades del tiempo,  
De anchas trincheras ceñido  
Y de soldados cubierto;

Guarnecido de cañones  
 Y coronado de hierro,  
 Sobre un pedestal de rocas,  
 Inexpugnable y soberbio,  
 Se alzaba, como un coloso,  
 Su frente elevando al cielo.  
 Ya el ejército de Hidalgo,  
 El horizonte cubriendo,  
 Imponente por su audacia  
 Y por su número inmenso;  
 Irresistible y ruidoso;  
 Descendía por los cerros,  
 Como un caudaloso río  
 Que se despeña violento.  
 Cantos de guerra y de muerte,  
 Entre un pavoroso estruendo,  
 Por donde quier resonaban,  
 Repetidos por los ecos.  
 Tronó el cañón; anchas nubes  
 De un humo pálido y denso  
 Por la atmósfera cruzaron:  
 Los montes se conmovieron  
 Al ver el fuego rojizo,  
 Cual relámpago sangriento,  
 Y al escuchar de las balas  
 El raudó silbar horrendo.  
 Los valientes sitiadores  
 Un punto se estremecieron,  
 Como las ramas que azota  
 El huracán en su vuelo;  
 Y cual herido leopardo,  
 Que mira á sus hijos muertos  
 Se lanzaron al castillo,  
 Con más ardiente denuedo.  
 Poderoso respondía,  
 En medio al marcial estrépito,  
 A la voz de ¡Viva España!  
 El grito de ¡Viva México!  
 Creció el espanto, y horrible

Nuncio de muerte funesto,  
 Del cañón el estallido  
 Volvió á escucharse de nuevo  
 Luchaban los insurgentes,  
 Sin desmayar un momento;  
 Seis veces se aproximaron  
 Y seis rechazados fueron.  
 Hidalgo entonces, terrible,  
 Gritó con sonoro acento:  
 "Pipila, ven; necesita  
 La patria de tus esfuerzos."  
 A su voz, lleno de harapos,  
 Alzóse un hombre del pueblo;  
 De gigantesca estatura,  
 De altivo y feroz aspecto.  
 Tomó en sus nervudos brazos  
 Una ancha piedra, y ligero  
 Apoyándola en su espalda,  
 Cruzó la calle sereno.  
 Tomó una encendida tea,  
 Y sublime como el genio  
 De la muerte y la venganza,  
 Siguió avanzando resuelto:  
 En derredor escuchaba  
 Espantosos juramentos,  
 Imprecaciones, blasfemias  
 Y gemidos lastimeros.  
 Las balas silbar oía;  
 Y rozaba sus cabellos  
 El humo de las granadas,  
 Como un huracán ardiendo.  
 Con el choque repetido  
 De proyectiles certeros,  
 Su escudo tosco y extraño  
 Voló al fin, pedazos hecho.  
 Llegó á la puerta, detúvose,  
 Y la antorcha sacudiendo,  
 La aproximó á la madera.  
 Las llamas en el momento,

Cual serpientes retorcidas  
 Se derramaron crujiendo:  
 Reinaba en aquel instante  
 Un angustioso silencio.  
 Animado entonces Pipila,  
 Un grito lanzó tremendo;  
 Y el peligro despreciando,  
 Entró al castillo el primero.  
 En el pórtico, agitándose  
 De enojo y de rabia ciego,  
 Destrozado por las armas  
 De los contrarios guerreros,  
 Su pié apoyado en cadáveres,  
 Desnudo el valiente pecho,  
 Roto y quemado el vestido,  
 Los brazos de heridas llenos,  
 El corazón palpitante,  
 Los ojos lanzando fuego,  
 Los cabellos esparcidos  
 Agitados por el viento;  
 Con la tea en una mano  
 Y en la otra el agudo acero,  
 Sublime en su patriotismo,  
 Terrible en su odio y siniestro,  
 Reflejándose las llamas  
 Sobre su rostro sangriento,  
 Luchaba como un gigante  
 Entre el horror del incendio.

JOSE ROSAS MORENO.



## La enseña de los insurgentes

Clara, tibia, deliciosa  
 se presenta la mañana;  
 el horizonte encendido  
 con resplandores de gualda,  
 y el cielo azul, festonado  
 con orlas de nubes blancas,  
 como flotantes crespones  
 que fingen formas extrañas.

De los álamos frondosos  
 se desprenden en parvadas  
 cardenales y gorriones,  
 pitirrojos y calandrias,  
 que dando trinos al viento  
 dan regocijo á las almas.

El zumbir de las abejas  
 que sin descanso trabajan,  
 se mezcla con el chirrido  
 pertinaz de la cigarra,  
 y el melancólico canto  
 de la amorosa torcaza;  
 cuelgan de los naranjales  
 como racimos de nácar  
 azahares aromosos,  
 y se mecen las naranjas,  
 que pomas de oro parecen  
 entre frondas de esmeralda;

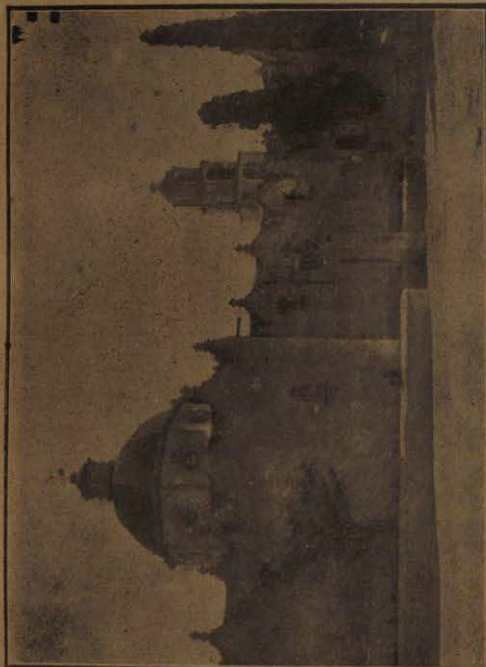
y se perfuma el ambiente,  
y los sentidos se embangan  
con el olor del tomillo,  
del ajeno y la retama.

\* \* \*

Dando vuelta á una ladera,  
de un cerro cabe la falda,  
que campanillas azules  
y rojas flores esmaltan,  
se descubre pueblo humilde  
formado de agrestes casas,  
con sus paredes de adobe  
ligeramente blanqueadas,  
sus cercas de palopique  
y sus techados de palma;  
y la iglesia, si pequeña,  
graciosa y bien decorada,  
con cimborrio de azulejos,  
y torre esbelta y gallarda.

Es Atotonilco el Grande  
que se encuentra esa mañana  
de fiesta, según parece,  
porque se hallan en la plaza  
sus honrados moradores  
unidos y en algazara,  
con cohetes prevenidos;  
y en la torre, de atalaya,  
varios mozos, en acecho  
observando lo que pasa.

De repente á las esquilas  
muchas manos esforzadas  
se aprestan, y los repiques  
de bulliciosas campanas,  
los cohetes y los gritos  
de la multitud compacta,  
anuncian que algo muy grato  
en Atotonilco pasa.



Santuario de Atotonilco,  
donde Hidalgo tomó para estandararte una  
imagen de la Virgen de Guadalupe.

Es que el cura de Dolores,  
en jefe de la cruzada,  
llega al Pueblo, con su pueblo  
que crece como avalancha.  
Las mujeres a las puertas  
se asoman regocijadas,  
a los lugares más altos  
los muchachos se encaraman,  
surcan el aire cohetes,  
el detonar de las cámaras  
y los alegres repiques  
de las alegres campanas.  
Sobre alta y robusta mula  
modestamente enjaezada  
sin arneses militares  
ni distinciones jerárquicas,  
el padre HIDALGO va al frente  
de muchedumbre entusiasta,  
radiante de regocijo,  
si bien desprovista de armas.  
Son contados los fusiles,  
las pistolas muy escasas,  
algún mosquetón mohoso,  
alguna escopeta usada,  
y como recuerdo histórico  
una que otra bocanarta.  
Los chuzos de los serenos,  
machetes, cuchillos, dagas,  
hondas y sacos de piedras,  
palos, tarcuas y lanzas;  
muchos sin más armadura  
que su camisa de manga,  
en otras armas que sus manos  
y el santo amor a la Patria.  
Hombres, mujeres y niños  
con el alma emocionada,  
van en busca de la muerte  
en defensa de su causa.....

A la derecha de HIDALGO  
 con apostura bizarra,  
 sobre un alazán soberbio  
 de bella y marcial estampa,  
 con militares insignias  
 Don Ignacio Allende marcha;  
 y á la izquierda, en un retinto  
 andaluz, de pura raza,  
 con uniforme vistoso  
 se ostenta Don Juan Aldama.

Luego que entran en el Pueblo  
 el entusiasmo se exalta,  
 atruenan el aire vivas  
 jubilosos y entusiastas,  
 y corren por las mejillas  
 de regocijo las lágrimas.

HIDALGO y sus compañeros  
 de los caballos se bajan,  
 y á la iglesia se encaminan  
 á elevar á Dios sus almas.

Después que concluye Hidalgo  
 la fervorosa plegaria  
 invocando de los cielos  
 el triunfo para sus armas;  
 saca de su viejo marco  
 la hermosa Guadalupana,  
 que era del creyente pueblo  
 la joya más estimada;  
 con entusiasmo creciente  
 la coloca en una lanza,  
 y cual paladín glorioso  
 sale con ella á la plaza.

"Hijos, les dice á las gentes  
 atentas á sus palabras:  
 "la gloria excelsa del triunfo  
 "nos cubrirá con sus alas;  
 "vamos á romper los grillos  
 "que aprisionan á la patria,  
 "á libertarnos del yugo

"con que nos doblega España,  
 "á vivir sin amo impío  
 "que como á bestias nos trata;  
 "y á conquistar los derechos  
 "que, siendo nuestros, nos faltan."

"Esta es la enseña gloriosa  
 "que nuestras vidas ampara,  
 "ella nuestra única reina,  
 "ella nuestra soberana,  
 "la que del pueblo que sufre  
 "ha de remediar las ansias  
 "y con sublimes victorias  
 "coronará las batallas."

"Sea nuestro grito de guerra:  
 "y que muera el mal gobierno,  
 "que con rigor nos maltrata....."

"¡Viva la Guadalupana!  
 ¡Viva! prorrumpen mil voces  
 de entusiasmo electrizadas;  
 y el pueblo de Atotonilco  
 se agrega á la caravana.

\* \* \*

Sube HIDALGO á su montura,  
 sube Allende y sube Aldama,  
 y salen regocijados  
 entre vivas y algazara,  
 llevando á la Virgen India  
 como enseña sacrosanta,  
 llenos de valor los pechos,  
 llenas de fuego las almas;  
 y en busca de la victoria  
 se dirigen á Celaya.

RAFAEL NAJERA.



## BRAZO DE DIOS

### I.

Al frente va de sus tropas,  
Pensativo y cabizbajo,  
El Coronel Elizondo,  
Aquél que hacía dos años  
Por la traición más horrenda  
Hizo prisionero á Hidalgo.  
Vuelve de la Trinidad  
A Béjar. Debiera ufano  
Volver, pues va victorioso;  
Pero lleva, sin embargo,  
Siempre la frente abatida  
Y el corazón conturbado.  
Ese día era de triunfo,  
Ese día sus soldados  
A las tropas insurgentes  
Por completo derrotaron;  
Pero él caminaba abstraído,  
Y es que el pecho atormentado  
Dos años hace que siente  
Por remordimiento amargo.  
Tras él de repente se oye  
El galope de un caballo,  
Y un oficial se aproxima  
Y se llega á saludarlo.

—¿Qué hay, Serrano?  
—Ya he cumplido,  
Señor, con vuestro mandato.  
Reunidos los prisioneros  
En aquél monte cercano,  
Vuestras órdenes aguardan.  
—¿Cuántos son?  
—Setenta y cuatro.  
—Teniente, vamos allá:  
Dime ¿están bien resguardados?  
—Sí, mi coronel, y todos  
Tienen atadas las manos.  
—Vamos allá.  
Se apresuran,  
Y en el monte penetraron.  
Ve Elizondo á los cautivos,  
Y después manda á Serrano  
Que tomando diez de entre ellos  
Sean luego fusilados.  
El oficial obedece,  
Y ellos su arrojo bizarro  
Sin desmentir, perecieron  
Como leales y bravos.  
Tampoco sus compañeros  
Que contemplan aquel cuadro  
La fortaleza desdican  
Que en la batalla mostraron;  
Lo ven, si no indiferentes,  
Serenos y resignados.  
Toman de nuevo en seguida  
Otros diez hombres, llevándolos  
Al mismo sitio, y los forman  
Sobre el suelo ensangrentado  
Y encima de los cadáveres  
Todavía palpitando.  
Sus compañeros entonces  
Se conmueven, aterrados,  
Y al verlos caer, un grito  
Se escapa á todos los labios.

—Otros diez hombres, exclama  
 El jefe: pero Serrano  
 Conmovido y tembloroso  
 No se atreve á dar un paso,  
 Y tres veces Elizondo  
 Dió la orden, siempre más alto.  
 El oficial va hacia el grupo  
 Con los ojos extraviados,  
 Con el rostro descompuesto  
 Y todo el cuerpo temblando,  
 Y otros diez hombres aparta.  
 Al momento de apartarlos  
 La voz alza un prisionero  
 De los que habían quedado:  
 —“¡Llevadme, llevadme! clama,  
 “A mis hijos se han llevado...  
 “Allá van... no quiero verlos  
 “Morir... Llevadme, tiranos!...  
 “¡Parad!... ¡No me oyen!... Llevadme;  
 “Todos pronto perezcamos.”

A estas voces se alborotan  
 Los presos, y forcejeando  
 La voz elevan, y pugnan  
 Por desatarse las manos.  
 Serrano se halla aturdido,  
 Pica y detiene el caballo,  
 Y dando órdenes contrarias  
 Se vuelve de todos lados.  
 Ve esto Elizondo, y furioso  
 Hasta su tropa llegando,  
 El mismo da orden de fuego  
 Sobre los diez señalados.  
 Al verlos caer, aumenta  
 El vocerío: —¡Tirano!—  
 —¡Perdón!—¡Que viva la América!  
 —¡Viva Allende!—¡Viva Hidalgo!—  
 —¡Misericordia!—¡Asesinos!—  
 —¡Oh, Dios mío, perdonadnos!.....  
 En confusa gritería

Exclaman por todos lados.  
 El coronel arde en ira,  
 Y luego manda á Serrano  
 Sin aguardar ya más tiempo  
 En pelotón fusilarlos.  
 Se cumple la orden inicua,  
 Se suceden los disparos  
 Sobre la turba; se aumenta  
 La confusión y el espanto:  
 Caen heridos y heridos,  
 Sigue el fuego encarnizado,  
 Y por fin, sobre una informé  
 Masa de miembros humanos,  
 Que parecía quejarse  
 Y palpitaba á intervalos,  
 Continuaban todavía  
 Fuego haciendo los soldados.

## II.

La noche era de aquel día  
 De muerte, de horror y llanto,  
 Y las tropas de Elizondo  
 Acampaban en un llano.  
 La tienda del coronel  
 Se levantaba en un lado,  
 Y en ella, él y un capitán  
 Se encontraban descansando.  
 —Garza, puedes retirarte.  
 —¿Váis á dormir?  
 —Me preparo  
 A hacerlo; vete á tu tienda...  
 Ah! dime: ¿has averiguado  
 Qué nombre este lugar lleva?  
 —Señor, le llaman el “Brazo de Dios.”  
 Tembló el coronel  
 Esta palabra escuchando  
 Sin saber por qué.  
 —Muy bien



Es tiempo ya de acostarnos.  
 Se quedó solo Elizondo  
 Y se acostó; pero en vano  
 Quiso conciliar el sueño  
 Durante un tiempo bien largo.  
 El capitán De la Garza  
 Su tienda buscaba en tanto;  
 Todo se hallaba en silencio;  
 Oficiales y soldados  
 Dormían y las tinieblas  
 Envolvían todo el campo.  
 Llegó por fin á la tienda,  
 Y en ella encontró sentado  
 A Serrano, con el rostro  
 Cubierto con ambas manos.  
 —Tal vez duerme, pensó Garza,  
 Dios le de un sueño muy grato.  
 Dijo, se acostó y durmióse  
 Rendido ya de cansancio.

\* \* \*

—Garza.  
 —¿Quién me habla?  
 —Soy yo.  
 —¿Serrano?  
 —Sí, soy Serrano.  
 —¿Qué quieres? ¿Enciendo luz?  
 —Capitán, no es necesario.  
 Si Garza lo hubiera visto,  
 Se hubiera luego alarmado:  
 Todo el rostro descompuesto,  
 Sanguinolentos los párpados,  
 Torva la vista, y los ojos  
 De las órbitas saltados.  
 —¿Me oyes, capitán?  
 —¿Qué quieres?  
 —Corremos gran riesgo entrambos.  
 —¿Riesgo? ¿Cuál es?  
 —Elizondo,

Quiere ahora mismo matarnos.  
 —¿Estás loco? ¿En qué te fundas?  
 —Y no son temores vagos,  
 Pues ha jurado acabar  
 Con todo el género humano.  
 —Vuelve en ti, teniente, vuelve  
 En tí.

—Capitán, es claro,  
 O bien nos mata á nosotros,  
 O nosotros lo matamos.  
 ¿Me ayudas? Duerme: el momento  
 Es muy oportuno. ¿Vamos?  
 Conoció Garza al instante  
 Que estaba de juicio falto  
 El oficial. Era cierto,  
 ¿Loco estaba el desgraciado!  
 Quiso Garza detenerlo  
 Y lo tomó por un brazo;  
 Pero Serrano, más ágil,  
 La espada desenvainando,  
 Atravesó al capitán,  
 Quien quedó muerto en el acto.  
 Salió Serrano en silencio  
 Y atravesó todo el campo,  
 Y en voz baja iba diciendo:  
 —Me mata si no lo mato.—  
 Y á la tienda de Elizondo  
 Se introdujo espada en mano:  
 El dormía, y era un sueño  
 Turbulento y agitado,  
 Y en su horrible pesadilla  
 Decía en acento claro:  
 —Este es el Brazo de Dios.  
 —Este es—respondió Serrano;  
 Despertó Elizondo, pero  
 El la espada levantando,  
 Atravesó varias veces  
 El cuerpo del veterano.

RAMON VAJLE.



## BRAVO

### I.

Caen las sombras á los valles  
De los montes más lejanos,  
Y comienzan á encenderse  
En la bóveda los astros.  
A las orillas de un bosque  
Hay un grupo de soldados,  
Que alrededor de la lumbre  
Pasan el tiempo cantando;  
Más allá se ven tendidos  
Muchos cuerpos por el campo,  
Demostrando que allí dióse  
Un combate encarnizado.  
Levantábase á lo lejos  
Por la loma y por el llano,  
El acento de los libres  
En melancólico canto.  
Allí, después de una lucha  
En que venció al León Hispano,  
En medio de sus valientes  
Acampa el caudillo Bravo.  
La voz de los centinelas  
Se escucha de cuando en cuando,  
Y el monótono sonido  
Del galope de un caballo.  
Pocos momentos transcurren,  
Y se extiende por el campo



Bravo pone en libertad á 300 españoles prís ioneros.

La noticia de que al padre  
 Del General han matado:  
 Los nobles pechos se irritan  
 Contra el virrey y su bando,  
 Y el dolor más fuerte agobia  
 Al caudillo mexicano.

## II.

Entonan himnos las aves  
 En el vecino palmar,  
 Y cual perla entre turquesas  
 Alza su punta el volcán,  
 Sonrosada dulcemente  
 Por un reflejo solar,  
 Mientras corre entre las flores  
 Fresca brisa tropical.

## III.

Después de una noche horrible  
 Que pasó el caudillo en vela,  
 Manda formar á la tropa,  
 Con su voz firme y entera.  
 Y trescientos prisioneros  
 Que hizo ayer en la pelea,  
 Ante los ojos de Bravo  
 Fijan la mirada en tierra.  
 Todos temen, y á su vista  
 Sin querer miden la pena  
 Que aquel hombre soportara  
 Con la noticia funesta.  
 ¡As el héroe á los vencidos  
 Les habla de esta manera,  
 Y con su voz santa y pura  
 Todo el mundo se enajena:  
 "¡Estáis libres, retiraos;  
 'Esta mi venganza sea!'"



## JOSE ANTONIO TORRES.

De humilde hogar á la sombra,  
Cultivando con esmero  
La tierra, que le brindaba  
A su trabajo buen premio,  
Tranquilo y feliz vivía  
Un campesino modesto,  
Sia que de su alma turbasen  
La quietud, vanos deseos.

Un día, mientras el arado  
Preparaba, escuchó el eco  
De aquel grito que en Dolores  
Hidalgo y los suyos dieron  
Por libertar á la Patria  
De la ignominia y el duelo;  
El campesino al instante  
Sintió latir en su pecho  
El corazón de los libres,  
Y sintió del héroe el fuego.

De Hidalgo la voz me llama—  
Torres se dijo;— al momento  
Iré en busca del caudillo,  
Que su voz es voz del cielo.  
¡Adios, tranquila morada  
De mis gratos días risueños!  
¡Adios, mis bueyes, mi campo  
Adios, mis dulces recuerdos!

La patria donde he nacido  
Hoy reclama mis esfuerzos,  
Y están malditos los hombres  
Que la miran con desprecio.  
Así dijo; á pocos días  
Estaba en el campamento  
A las órdenes de Hidalgo,  
Por combatir el primero.

\* \* \*

El modesto campesino  
Que escuchó la voz del cielo,  
Al frente se hallaba, á poco,  
De unos leales guerrilleros,  
Marchando para Colima  
A sublevar á los pueblos,  
Dejando por donde quiera  
De su bravura recuerdos.  
Iba engrosando sus filas  
Sa constante y noble empeño,  
Y en Sayula y en Zacoalco  
En breve formó un ejército,  
De sus soldados al frente,  
Al enemigo venciendo.  
Guadalajara rindióse  
A Torres, de gloria lleno.  
Pasaron después los días  
Y en Calderón tuvo un puesto,  
Brillando en esa batalla  
Por su heroísmo y denuedo.  
Michoacán luego el teatro  
Fué de sus triunfos sin cuento,  
Y temblaban los realistas  
Al nombre del Guerrillero,  
Aunque siempre á los vencidos  
Torres miró con respeto  
Si con sus tropas lucharon  
Cual deben los caballeros.

No combate el campesino  
 Halagado por los sueños  
 De la ambición: su bandera  
 Es el amor á su suelo;  
 Quiere que libre á la patria  
 Logren hacer sus esfuerzos,  
 Aunque perezca en la lucha  
 Al realizar ese anhelo.

\* \* \*

Son las glorias de este mundo  
 Pasajeras como el viento,  
 Y es voluble la fortuna,  
 Y hiere el mal á los buenos.  
 De mil ochocientos doce  
 El cuatro de Abril, funesto  
 Fué para Torres: Merino  
 Logró hacerle prisionero,  
 Después de haber derrotado  
 En una loma que al pueblo  
 De Tlasasalca está cerca,  
 A mil libres que murieron.  
 Y aquella ciudad, que un día  
 Cruzó Torres entre inmenso  
 Gentío que le aclamaba  
 Por su valor y denuedo,  
 Entrar le vió conducido  
 Entre ignominias sin cuento,  
 Y miró decapitarle,  
 Y vió cómo dividieron  
 Los verdugos del tirano  
 Del héroe famoso el cuerpo,  
 Para llevarlo á los puntos  
 De la ciudad y los pueblos  
 Donde venciera otros días  
 Al opresor de este suelo,  
 Que temblaba al sólo nombre  
 Del campesino modesto.  
 Así su carrera heroica

Torres finó, sin que el miedo  
 Ni en el cadalso asaltase  
 Aquel corazón de acero.  
 Así murió; mas su gloria  
 Eterna cual su recuerdo,  
 Guardarán los mexicanos  
 Mientras aliente su pecho.

FRANCISCO SOBA.



## LA FIESTA DE CHEPETLAN

---

Alegre viste sus galas  
El pueblo de Chepetlán,  
Que está celebrando el día  
De su fiesta titular.  
¡Cuál repican las campanas  
De la iglesia parroquial!  
¡Cómo suena el teponaxtle  
Con monótono compás!  
Y cámaras y cohetes  
Estallan aquí y allá,  
Y se escucha en todas partes  
Una algazara infernal.  
Por donde quiera, enramadas,  
En donde vendiendo están  
Aguas frescas y sandías,  
Y al son de una arpa tenaz,  
Nativos y forasteros  
Bailan con dulce igualdad.  
Se oye la voz estentórea  
Del que tiene el carcamán,  
Y del que á la lotería  
Llama á todos á jugar.  
Entre los arcos de flores  
Pasa la brisa fugaz,  
Templando apenas el fuego  
De ardiente sol tropical.

1020132261

51

En grupos la muchedumbre  
Se agita, en constante afán,  
Avida de divertirse,  
Anhelando por gozar.  
Los hombres ancho sombrero  
Y negro, en lo general,  
Camisa y calzón muy anchos,  
Muy blancos, y nada más;  
Las mujeres con enaguas  
De extraña diversidad;  
Y todos rien y cantan,  
Y llegan, vienen y van,  
Tomando de cuando en cuando  
Algún trago de mezcal.

\* \*

Entre tanto forastero  
Que ha llegado á Chepetlán  
Buscando en aquellas fiestas  
Tener un grato solaz,  
Se notan muchos soldados  
Que, con licencia quizá,  
De las tropas virreinales  
Se apartaron, sin pensar  
En guerras, ni en insurgentes,  
Porque muy lejos están  
Guerrero y todos los suyos,  
Y no hay que temerles ya,  
Al menos mientras que dure  
La fiesta de Chepetlán.

\* \* \*

Cuando la tarde se acerca  
Y el sol declinando está,  
Se oye rumor repentino  
Inusitado y marcial,  
Y la gente se alborota,

Y sin poderse explicar  
 Lo que causa aquella alarma  
 Y produce lance tal,  
 De repente por las calles,  
 Sobre un erguido alazán  
 Que tasca el freno impaciente  
 Y echa fuego al respirar,  
 Altivo, pero sereno,  
 Llega un hombre en cuya faz  
 Se pinta el alma de un bravo  
 Tan noble como leal:  
 Es Guerrero, el indomable  
 Campeón de la libertad.  
 Le sigue valiente tropa  
 Que ya al pueblo entrando va,  
 Y se ocultan los que temen,  
 Y otros salen á mirar.  
 Llega Guerrero á la plaza,  
 Y del soberbio animal  
 Tiempla la rienda y detiene  
 Del seco trote el compás.  
 Pasan muy cortos momentos  
 Y comienzan á llegar  
 Unos y otros, prisioneros,  
 Los del bando virreinal.  
 Todos ellos cabizbajos  
 Y silenciosos están;  
 Guerrero les mira un rato,  
 Y luego, con dulce faz,  
 Les pregunta:—“¿A qué han venido?”  
 Y nadie osa contestar.  
 Vuelve á preguntar Guerrero,  
 Y entonces, saliendo audaz  
 Un sargento, con despejo  
 Contesta:—“Mi general,  
 “Hemos venido á la fiesta,  
 “A gustar de Chepetlán;  
 “Y venimos con licencia.”

—“¿Y nada más?”—“Nada más.”  
 Vuelve á reinar el silencio,  
 Sonriendo Guerrero está,  
 Y dice con voz pausada:  
 “Pues venisteis á gustar,  
 “Seguid alegres gustando,  
 “Que yo os doy la libertad;  
 “Pero mañana, os lo advierto,  
 “Que no os halle por acá  
 “La luz de la madrugada.”  
 —“¡Que viva mi general!”  
 Grita entusiasta el sargento.  
 —“¡Viva!” gritan los demás,  
 Y alegre sigue la fiesta  
 Que nada vuelve á turbar,  
 Y chaquetas é insurgentes  
 Siguen en grato solaz,  
 Que es una noche de gusto  
 Esa noche en Chepetlán.

VICENTE RIVA PALACIO.



## QUECHOLAC

OCTUBRE 14 DE 1813.

Estrella del navegante  
El altivo Citlaltépetl,  
Se alza dominando excelso  
Con su corona de nieve,  
Desde las ondas del Golfo  
Hasta do el sol desaparece;  
Y á su falda las campiñas  
Y las llanuras se extienden,  
Ornadas de verdes selvas  
Y de arroyos transparentes.

Hoy en ellas los soldados  
De dos enemigas huestes,  
A la lucha se preparan  
Lanzando gritos de muerte;  
Entre el follaje sus cascos  
Y sus armas resplandecen,  
Mientras que se tiñen de oro  
Del volcán las regias nieves  
Al asomar los primeros  
Albores del sol nascente.

Unos ostentando altivos  
El rico lábaro vienen  
De las glorias españolas,  
Y los sangrientos laureles

Recogidos en Bailén, (1)  
Sus escudos ennoblecen.  
Los otros, aunque inexpertos,  
A la voz de patria fieles,  
Son los que dan prez y fama  
Al apodo de insurgentes.  
Bandera negra, cruz roja,  
Por marcial enseña tienen,  
Y los manda Matamoros,  
El audaz entre los héroes,  
El de los rubios cabellos,  
El de los ojos celestes,  
El que triste, de ordinario  
Marcha inclinando la frente,  
Cual los que sufren pesares,  
Cual los que meditan siempre;  
Pero al ver á sus contrarios,  
La levanta, y de sus huestes  
Empuñando la bandera,  
Y con acento solemne  
Así á sus guerreros habla  
El adalid insurgente:  
—“Bravos y nobles soldados:  
El enemigo que hoy viene  
A nuestro encuentro, es el mismo  
Que humilló al César potente  
Cuya voluntad fué norma  
De los pueblos y los reyes;  
Mas no ahora, como entonces,  
Patria y libertad defiende;  
Hoy, sostén de los tiranos,  
Cobarde y medroso viene.  
No os intimide su fama,  
Su renombre no os arredre;  
Oponed á sus cañones

(1) Esta batalla fué sostenida á campo raso contra los batallones de Asturias, vencedores en Bailén.



Y á sus mallas relucientes,  
Esos pechos, que desnudos  
De gaitas y de oropeles,  
Morir en sangrienta lucha  
A ser esclavos prefieren,  
Y de Bailén con los lauros  
Ornaremos nuestras sienes."

.....  
Suenan el clarín, la llanura  
Y las chozas se estremecen  
Al sonar de las descargas  
Que van sembrando la muerte;  
En un eco se confunden  
El trotar de los corceles,  
Los gritos de los heridos  
Y los vivas de los jefes;  
Y entre las nubes de polvo  
Y de humo que les envuelve,  
Como fantasmas siniestros  
Se divisan los jinetes  
De San Pedro (1), que sus lanzas  
A cada bote enrojecen.  
Hasta que al fin cuando opaco  
Ya brilla el sol en poniente,  
Mientras de carmin colora,  
Con luz moribunda y tenue,  
La blanca nivosa cima  
Del altivo Citlaltépetl,  
De Bailén los vencedores,  
Marchitando sus laureles,  
Rinden armas y banderas  
A las tropas insurgentes.

GUSTAVO BAZ.

(1) Tal era el nombre que llevaba uno de los cuerpos de la caballería insurgente que tomó parte en este encuentro.



## VALDIVIA - CUREÑO

¡Agua! gritan los soldados  
Caminando en el desierto,  
Y laguna cristalina  
Aperciben á lo lejos.  
Arrastrandose prosiguen,  
Y cuando juzgan, sedientos,  
Que va á calmarse en las aguas  
De sus gargantas el fuego,  
La vista vuelven confusos,  
Y por do pasaron ellos  
Ven retratarse en las ondas  
Del astro rey los reflejos.  
Así Rayón y sus hombres  
Entre crueles tormentos,  
Llevaban el estandarte  
De la patria y sus derechos.  
La perfidia sobre un grupo  
Arrojaba su veneno,  
Y un General (1) á su jefe  
Le dirige estos conceptos:  
"O aceptamos el indulto.  
"Que nos ofrece el Gobierno,

(1) Ponce.

"O por fin de la camapaña  
 "Como Hidalgo moriremos  
 "Sin armas, sin municiones,  
 "Serán vanos los esfuerzos,  
 "Y nuestros pobres soldados  
 "Estarán muy pronto muertos."  
 Rayón dice: "Dadme un plazo,  
 General, y yo os prometo  
 Que si continúan las penas,  
 A lo que pedís accedo.  
 "Capitán, dice un soldado,  
 "Oíd mi humilde consejo,  
 "Y si hacéis lo que yo os digo,  
 "Salud con honra tendremos:  
 "En esa hacienda cercana,  
 "Que está sobre aquel otero,  
 "Hay guarnición española;  
 "Pero hay agua, y quiso el cielo  
 "Que yo pudiera en la noche  
 "Sacar este jarro lleno,  
 "Tomad pronto, y al asalto,  
 "Porque el triunfo ha de ser nuestro."  
 Oye el capitán y dice:  
 "Con cien hombres nomás cuento, (1)  
 "Pero me inspiran confianza;  
 "Esta noche marcharemos."

## II

Estando el pequeño grupo  
 De soldados en acecho,  
 Un cañón abandonado  
 Miran brillar á lo lejos,  
 Y todos piensan lo mismo:  
 Arma inútil en el suelo,  
 Mas formidable, elevada  
 Dos cuartas sobre el terreno.

(1) Quinientos hombres guarnecían la hacienda.

Derribando el débil muro  
 Llegaríamos hasta el centro.  
 Mas, ¿qué hacer sin las cureñas?  
 Preciso es que le dejemos.  
 "Aquí estoy—dice Valdivia,  
 Un atlético guerrero,  
 El mismo que un poco antes  
 Al capitán dió un consejo.  
 "Si el cañón habéis hallado,  
 "También cureña, yo puedo  
 "Sostenerlo en mis espaldas  
 "Y el muro derribaremos."  
 Cae de rodillas, le amarran  
 El cañón con lazo estrecho.  
 Una bala de la hacienda  
 Llega y mata á un artillero.  
 El cañón cargan al punto  
 Y se oye la voz de "fuego."  
 La detonación se escucha,  
 La multiplican los ecos  
 En las montañas distantes;  
 Pero el héroe está en su puesto.  
 Y "¡bien!" exclama el soldado,  
 "¿Estuvo el tiro certero?"  
 Otra vez la pieza cargan  
 Y se repite el estruendo,  
 Y otra vez; mirad al muro,  
 Derribado está en el suelo;  
 Mas Valdivia lanza un grito  
 Desgarrador, lastimero.  
 Causan el triunfo sus nobles  
 Y patrióticos esfuerzos,  
 Pero los golpes terribles  
 Dejan torcido su cuerpo,  
 Como la caña en los bosques  
 A los impulsos del Euro.  
 Los insurgentes asaltan  
 Y de la hacienda son dueños;  
 Y Rayón á sus soldados,  
 De gozo indecible lleno,

Pudo decir: "Aquí hay agua,  
 Nuestra marcha continuemos."  
 Y en tanto queda Valdivia  
 Como tosco, inútil leño  
 Que arroja el mar en la costa  
 Después de huracán funesto.  
 Y este hombre grande, sublime,  
 Y de un valor tan excelso,  
 Es conocido en la historia  
 Con el nombre de "Cureño."

MANUEL DE OLAGUIBÉL.



## LA JAULA

Alrededor de la Alhóndiga  
 La multitud se agrupaba.  
 Olas que á su impulso mismo  
 Ya retroceden, ya avanzan:  
 No cual las olas del Golfo  
 Que sonoras se levantan,  
 Si cual las olas de nubes  
 Que silenciosas, calladas,  
 Se entrechocan, se confunden,  
 Se combaten, se separan,  
 En lo más alto del cielo  
 Anunciando la borrasca.  
 La multitud va creciendo,  
 Y por las calles cercanas  
 Nuevos refuerzos recibe  
 Del cerro y de la cañada,  
 Ya como ríos que suben,  
 Ya como ríos que bajan,  
 Pero no se oyen las voces  
 Que la multitud levanta  
 Cuando es multitud, y apenas  
 Si se escuchan sus pisadas.  
 Al pueblo de Guanajuato  
 Algún sentimiento embarga,  
 Que si no sale á sus labios,  
 Encerrándose en su alma,